

sakoff solo y espuesto á los ataques de Massena, y, derrotado por este, Suwarow forzosamente habia de quedar vencido en seguida. Pablo I veia en esta conducta un acto de mala aliada y acaso una perfidia. Una vez inducido á la desconfianza, todo debia presentarse bajo un aspecto que le inspirase recelos; alegaba que él no habia empuñado las armas sino para proteger á los débiles contra los fuertes, y para colocar sobre el trono á los príncipes lanzados de él por la revolucion francesa. Ahora bien, el Austria habia enarbolado su bandera en todos los puntos de Italia y no habia llamado á aquel territorio á ninguno de los príncipes destronados. Por eso empezaba á decirse así mismo, que obrando él por pura generosidad, venia á ser juguete de los aliados, que obraban por interés propio. Versátil hasta el exceso, se entregaba á estos nuevos sentimientos con tanta violencia como se habia entregado en un principio á los sentimientos contrarios. Otro hecho habia contribuido á exasperarle hasta el último extremo, yera el pabellon ruso abatido en Ancona y reemplazado por el pabellon austriaco, y aunque esta falta habia sido cometida solamente por un oficial de inferior graduacion, no por eso dejaba de ser un mal, como otro cualquiera, y así no pudo menos de sentirlo sobremanera.

Los sentimientos de los príncipes absolutos, á pesar de su constante empeño en guardar secreto, se descubren tan pronto como los sentimientos de los pueblos libres, siendo indudable que no se reprimen los unos mas que los otros. Empezábase á conocer en toda Europa esta nueva consecuencia de la batalla de Zurich, y no era

en verdad la menos venturosa para nosotros.

El Austria y la Inglaterra, apenas supieron esta noticia, redoblaron sus atenciones cerca de Pablo I. En efecto, colmaron de distinciones de todo género á Suwarow, Suwarow el invencible (como le llamaban antes de su encuentro con Massena); mas ni aun de este modo se habia conseguido aplacar el resentimiento del Czar, como tampoco el dolor del general ruso. Una manifestacion del todo nueva por parte de Pablo I, hizo especialmente recelar que muy en breve dejaria de formar parte de la coalicion.

En el primer impetu de su celo en favor de la coalicion, habia declarado la guerra á España porque hacia causa comun con Francia, y habia faltado poco para declarársela á Suecia, á Dinamarca y á Prusia, porque estas tres potencias querian mantenerse neutrales. Habia roto toda clase de relaciones con Prusia. Despues de los últimos sucesos se mostraba mas templado respecto de las córtes contra las que antes se hallaba tan mal, y acababa particularmente de enviar á Berlin á un diplomático de su confianza, Mr. de Krudener, quiea debia presentarse allí como simple viagero, si bien tenia la comision secreta de restablecer las relaciones entre las dos córtes de Prusia y de Rusia.

Teniamos á la sazón en la córte de Berlin un agente prudente y astuto, Mr. Otto, quien despues supo enlazar su nombre con los actos mas importantes de esta época. Habia avisado á su gobierno del nuevo estado de cosas, y era evidente que la llave de la situacion estaba en Berlin, si se inclinaban á la paz mas bien que á la guerra. España

situada en un extremo de Europa por su posición geográfica, y fuera de la política por la debilidad de su gobierno, no podía ser de utilidad alguna, pero Prusia colocada en el centro de las potencias beligerantes, firme en su neutralidad á pesar de las vivas instancias, que aquellas le hacían, mal mirada al principio por todos los gabinetes en el primer fervor de la coalición, mejor juzgada por ellos luego que se discurrió con mas calma, venía á ser un centro de influencia, sobre todo si volvía á ponerse de acuerdo con Rusia. Lo que hasta entonces se habia calificado en ella de pusilanimidad, comenzaba á ser tenido por prudencia. Si aquella corte tomaba con calor el papel de que la encargaban los sucesos, podría servir de vínculo entre Francia y Europa, y hasta podia imponer su mediación; método de que tanto se ha usado despues, y con provecho, de intervenir en tiempo oportuno entre dos adversarios rendidos de fatiga, y de recoger todos los frutos de la guerra que no se ha sostenido, y de la paz que se ha dictado. Si se hubiese atrevido á lanzarse por esta senda, no habria representado Prusia un papel mas brillante en época alguna despues de la muerte de Federico el Grande.

Ocupaba por esta época el trono de Prusia un monarca jóven, de buenas costumbres, animado de las mejores intenciones, idólatra de la paz y que no cesaba de lamentarse de la falta que habia cometido su padre, disipando en una loca guerra contra la república francesa, la gloria militar y los tesoros acumulados por Federico el Grande. Hallándose ahora en relaciones pacíficas con la república francesa, aprovechaba esta coyuntura para reha-

cer con sus economías el tesoro reunido por el hermano de su abuelo y devorado por su padre. Al lado del monarca, se hallaba Mr. Haugwitz de extraordinario talento y travesura para eludir las dificultades, partidario como su amo, de la política pacífica; pero mucho mas ambicioso y con la creencia de que de la neutralidad bien dirigida podia resultar á Prusia mas ventajas, que de la guerra misma. Entonces podia ser esto una verdad palpable. Inclínaba pues á su rey á desempeñar con actividad el papel de medianero y pacificador del continente. Grande era sin duda este papel para el jóven y tímido Federico Guillermo, pero podia desempeñarle con mas ó menos estension y conseguir parte de sus resultados ya que no todos ellos.

Habiéndose enterado de todo esto el general Bonaparte, empleó al punto grande esmero en alhagar á la corte de Prusia. En otro tiempo le habia convenido ser individuo del Instituto para no figurar sino con este título en ciertas solemnidades en que no queria figurar políticamente y con particularidad en las fiestas celebradas el 21 de enero: ahora le interesaba ser general y tener ayudantes de campo que enviar á donde mas cumpliera á su voluntad y talante. Ocurrióle la idea de seguir el ejemplo de los príncipes que ascienden al trono y anuncian su advenimiento despachando grandes dignatarios á las cortes estrangeras. Hizo con efecto lo mismo, si bien con menos aparato, enviando á Berlin á uno de sus ayudantes de campo que era cuanto podia permitirse un gefe militar sin que apareciera que escedía de las atribuciones de su clase. Entre los que le servían

bajo este título se hallaba uno dotado de la necesaria prudencia y discrecion y el cual reunia á una presencia agradable gran firmeza de caracter; era este que habia regresado de Egipto con su general; y en cuya frente lucia algun reflejo de la gloria de las pirámides. Mandóle el cónsul dirigirse inmediatamente á Berlin para cumplimentar al rey y á la reina de Prusia, presentándose allí como encargado únicamente de una mision de urbanidad y deferencia, pero aprovechando la ocasion de explicar la última revolucion que acababa de verificarse en Francia, como señal inequívoca del restablecimiento del orden, de todas las sanas tradiciones y especialmente de las ideas pacificas. Duroc debía lisongear al jóven rey dejándole entrever que, si lo deseaba se le designaria de buen grado como árbitro de la paz futura. Apoyada la República en las victorias del Texel y de Zurich, y sobre todo en aquellas de que era prenda segura el nombre de Bonaparte para lo venidero, podia sin temor de menoscabo en su gloria, presentarse con la oliva de la paz en la mano.

Mientras el general Bonaparte despachaba á Duroc á la córte de Berlin, adoptó en nombre de los cónsules provisionales muchas medidas que debian tener fuera la misma significacion que la ya citada. Ante todo llamó definitivamente á Mr. de Talleyrand al ministerio de negocios estrangeros, despues de haber diferido algun tiempo su entrada. De seguro no se podia colocar en aquel puesto á un personage mas conciliador, mas idóneo para tratar con Europa, mas hábil en complacerla y hasta alhagarla, sin hacer que el gabinete francés perdiera nada de su posicion elevada.

Otras ocasiones han de ofrecérsenos de bosquejar este caracter tan singular; Vaste decia en este momento, que sola la eleccion de este personage probaba claramente el tránsito de la política de las pasiones á la política del cálculo, sin pasar por eso á la debilidad desde la energía. Hasta la esquisita elegancia de costumbres peculiar de Mr. de Talleyrand, fué una ventaja para la nueva situacion que se trataba de tomar respecto de las potencias estrangeras.

Hizo el general Bonaparte algunos otros nombramientos diplomáticos concebidos en el mismo espíritu que el precedente. Aun cuando Mr. Otto, encargado de negocios en Berlin desde que Mr. Sieyes dejó este puesto, era un buen agente, no tenia otro carácter que el de simple encargado de negocios. Se le señaló para otro destino, en que supo mostrarse útil muy en breve, y se nombró ministro en Berlin al general Bournonville antiguo amigo de Lafayette, prisionero del Austria por largo tiempo, y uno de los individuos de la minoria de la nobleza francesa que en 1789 habian abrazado sinceramente la causa de la revolucion. El general Bournonville era un militar, franco y leal, moderado en sus opiniones, y apto en estremo para representar bien al nuevo gobierno. Inspirábale el Austria, de quien habia sido por mucho tiempo prisionero, un ódio que no podia ser mas oportuno en Berlin, donde se experimentaban respecto de esta potencia casi los mismos sentimientos que en la época de Federico el Grande.

Teniamos por representante en Madrid á un antiguo demagogo, desprovisto de toda influencia, y que no ha dejado nombre en la carrera diplo-

mática á la que por casualidad le habian lanzado los sucesos, y fué reemplazado con un constituyente, Mr. Alquier, hombre cauto, ingenioso, instruido, que figuró honrosamente en la diplomacia de aquella época. Por último para Copenhague, donde los principios de neutralidad marítima abiertamente violados por la Inglaterra, podian engendrar sentimientos que nos fueron favorables y que por lo mismo convendria cultivar, se nombró á Mr. de Bourgoing en lugar del llamado Gronvelle, hechura del Directorio. Todos estos nombramientos eran escelentes, y en estremo adecuados para indicar el espíritu de prudencia y de moderacion que empezaba á prevalecer en las relaciones de Francia con las potencias estrangeras.

A estos nombramientos quisieron añadir los cónsules algunos actos que sirvieran de respuesta á una reconvenccion, que habia cundido por las córtes de Europa, y consistia en decir que la república francesa violaba de continuo el derecho de gentes y los tratados con ella concluidos, á pesar de que en realidad habia violado menos el derecho de gentes y los tratados que Inglaterra, Austria y todas las córtes que nos hacian guerra; pero era costumbre afectar que no se podian conservar relaciones con un gobierno mudable, apasionado, representado sin cesar por hombres nuevos, que nunca se consideraban ligados por sus compromisos ó por las tradiciones del derecho público europeo. Con mas fundamento podia lanzarse semejante acusacion contra los gabinetes de Europa, que habian procedido de peor manera sin tener la excusa de las pasiones revolucionarias, ni de los continuos cambios de gobierno. Para dar mejor idea de la

politica de los cónsules, ejerció el general Bonaparte un acto de justicia respecto de los desgraciados caballeros de Malta, á quienes se habia prometido, al tomar su isla, que no se trataria en Francia como emigrados á aquellos que correspondiesen á la *lengua francesa*. Hasta el dia no habian podido disfrutar de esta cláusula de su capitulacion, ni en lo relativo á sus personas, ni en lo relativo á sus bienes, y el general Bonaparte dispuso que este beneficio de su capitulacion se les respetase en un todo.

Por lo que hace á Dinamarca, adoptó una medida equitativa y de escelente efecto. Existian en los diferentes puertos de Francia muchos buques daneses apresados en tiempo del Directorio por via de represalias con los neutrales. Se los acusaba de no hacer que se respetasen con ellos los derechos de neutralidad marítima, de consentir que los visitasen los ingleses, y de permitir que se apoderasen á su bordo de las propiedades francesas, de que eran portadores. Habia resuelto el Directorio que se los sujetase exactamente á las mismas violencias que sufrían de parte de los ingleses para obligarlos á defender con mas energía los principios del derecho de gentes bajo cuyo amparo navegaban. Seguramente habria sido esto muy justo si poseyendo la fuerza para hacer que se los respetase no hubiesen querido emplearla; mas los infelices obraban como podian, y era bien duro castigarles de la violencia de los unos con la de los otros. De resultas de este sistema habian sido apresados muchos de sus buques mercantes. El general Bonaparte mandó que se dejase á todos en libertad, en señal de una politica mas equitativa y moderada.

Duroc, llegó pronto á su destino esto es á Berlín y fué presentado por Mr. Otto, que se encontraba allí todavía, y aunque segun las rigurosas reglas de la etiqueta, Duroc como simple ayudante de campo, no podria entrar en relaciones directas con la córte, sin embargo se prescindió de todas estas reglas en favor de un oficial adicto á la persona del general Bonaparte. El rey y la reina le recibieron afectuosamente y le invitaron que pasara frecuentemente á su palacio de Postdan. Tenia la curiosidad, tanta parte en estos obsequios como la política, porque la gloria, ademas de su brillo, tiene tambien sus ventajas materiales en los negocios. Ver, oír al ayudante de campo Duroc era en cierto modo acercarse, aunque de lejos, al hombre extraordinario que llenaba el mundo con su fama, pues Duroc habia asistido á las batallas de las pirámides, del monte Tabor y de Aboukir. Dirigianle mil preguntas y él respondia sin exageracion con sencillez y con mesura. Mostróse dulce, urbano, modesto, profundamente sumiso á su general, dando la idea mas ventajosa del porte que su jefe imponia á todos los que le rodeaban. El triunfo de Duroc en Berlín fué completo. Dióle la reina testimonios de la mas alta benevolencia, y en todas partes se empezó á hablar de la república francesa en términos mas favorables de los que hasta entonces se habian usado. Duroc halló al joven monarca muy contento de ver levantarse por fin en París un gobierno fuerte y moderado, y muy complacido sobre todo por ser á un tiempo el objeto de las atenciones de la Rusia y de la Francia, deseando con afan representar el papel de mediano, porque aunque tenia mas deseos que

fuerzas, mostraba no obstante mucho ardor y celo en desempeñarle cumplidamente.

Ocupó á todas las córtes de Europa el éxito de este viage, y resonó su eco hasta dentro del mismo París empezando á cundir en los ánimos la idea de una paz inmediata; idea á que dió mas pábulo una circunstancia en extremo especiosa, y en sí de pocas consecuencias. Hallábanse frente á frente los ejércitos franceses y austriacos á lo largo del Rhin y sobre las cumbres de los Alpes y del Apenino. Contentialos junto al Rhin un obstáculo suficiente para estorbar toda operacion formal y seria, porque el paso del rio era para unos y otros una de esas grandes empresas que no se acometen sin el propósito firme de entrar en campaña. Como corria el mes de frimario, es decir, diciembre, fuerza era renunciar á semejante pensamiento. Por esta razon las escaramuzas habidas en las márgenes del rio, causaban inútil efusion de sangre: se acordó pues, un armisticio por aquella frontera. No sucedia lo mismo en las de los Alpes y el Apenino, porque en medio de aquel pais escabroso una operacion bien combinada sobre tal ó cual valle podia proporcionar una posicion ventajosa para emprender de nuevo las hostilidades. Así fué que no quisieron coartarse la libertad de obrar por este lado, y por lo tanto no hubo armisticio. Pero solo se fijó la atencion en el que acababa de ser firmado á orillas del Rhin; y entre el número de los cambios felices que se complacian todos en esperar del nuevo gobierno, figuraba la posibilidad y hasta la probabilidad de una paz cercana.

Obsérvase siempre en los males públicos un

mal efectivo y un mal imaginario, contribuyendo el uno á hacer insufrible el otro. Mucho se adelanta con poner término al mal imaginario, porque de este modo se consigue disminuir el mal efectivo, y se inspira al que lo padece paciencia para aguardar la cura y con especialidad disposición para someterse á ella. En tiempo del Directorio, todos estaban convencidos de que nada podían esperar de un gobierno débil y desconceptuado, que para enfrenar las facciones, echaba mano hasta de la violencia, sin conseguir ninguno de los efectos de la fuerza. Todo lo que de su autoridad provenía se miraba por el peor lado, nadie quería aguardar de ello ningun beneficio, ni menos creerle cuando por casualidad realizaba alguno. La victoria que parecía mostrarsele propicia en los últimos días de su existencia; la victoria que para todos habria sido un título de gloria, no fué para el Directorio ni aun siquiera un título de honorífico recuerdo.

El advenimiento del general Bonaparte, de quien se habian acostumbrado á esperarlo todo en materia de triunfos, habia cambiado esta disposición de los ánimos enteramente. El mal imaginario habia desaparecido: renacia la confianza, y todo se veía por el lado bueno. Seguramente las medidas adoptadas eran buenas en su esencia, porque bueno era rescatar los rehenes, poner en libertad á los sacerdotes, y manifestar disposiciones pacíficas á Europa; pero lo que principalmente se advertía era que todos propendían á considerar como buenas dichas medidas. Pasaban ya por prendas de paz una señal de avenencia, como el recibimiento hecho á un ayudante de campo, y

un armisticio sin consecuencias como el que acababa de ser firmado junto al Rhin. ¡Tal es el prestigio de la confianza! Lo es todo para un gobierno que principia, y la que inspiraba el gobierno de los cónsules era inmensa. Así ingresaba dinero en el tesoro, y del tesoro pasaba á los ejércitos, que satisfechos con aquellos socorros primeros, aguardaban con paciencia los que para mas tarde se les hubiera prometido. Sometíanse los partidos ante una fuerza, que se tenia por superior á todas las resistencias: los opresores, sin intencion de seguir oprimiendo, y los oprimidos con la confianza de no serlo ya en adelante. Grande era sin duda el bien que se habia consumado; pero todo lo que aun no se habia hecho por falta de espacio, lo suplía la esperanza.

Por relacion cotidiana de cuantos habian trabajado á las órdenes del jóven cónsul, se divulgaba ya una noticia: decíase que este guerrero, sobre el cual no se daba preferencia á ningun general de la época presente, y casi á ninguno de las épocas pasadas, era ademas un administrador y un político profundo. Avasallados y llenos de asombro se apartaban de su lado todos los hombres especiales de quienes se habia valido, y á los cuales habia prestado oído atento, ilustrándolos á veces con la exactitud y oportunidad de sus observaciones, y amparándolos contra toda clase de resistencias. Decíanlo de buen grado y mucho mas porque en pocos días se hizo moda así pensarlo y decirlo. Se ve algunas veces un mérito supuesto, y falso, que ha sabido granjearse por un momento la voluntad del público, fascinar los ánimos y arrancarle increíbles exageraciones; pero á veces tam-

bien sucede que el verdadero mérito, el talento superior inspira tal especie de capricho, y entonces este capricho se convierte en pasión. Solo hacia un mes que el general Bonaparte se había encargado de los negocios, y ya era general y profunda la impresión producida en derredor suyo por su talento extraordinario. No retrocedía el buen Roger-Ducós en su idea: el extravagante Sieyès poco propicio á ceder á la moda, y especialmente cuando él no era su favorito, reconocía la superioridad, la universalidad de aquel genio de gobierno, y dejándole obrar, le tributaba el más puro homenaje. A los panegiristas convencidos juntábanse los panegiristas interesados, que viendo en el general Bonaparte el jefe evidente de la nueva República, no ponían coto á la expresión de su entusiasmo. Por lo demás el general Bonaparte contaba entre sus sincerísimos admiradores á los señores de Talleyrand, Reynault de Sain-Jean-de Angely, Rœderer, Boulay (de la Meurthe), Defermon, Real, Dufresne, etc. quienes repetían en todas partes que jamás habían visto semejante prontitud, seguridad y extensión de entendimiento, ni actividad tan prodigiosa, y es muy cierto que era mucho lo que había llevado á término en espacio de un mes en todos los ramos del gobierno, y que por esta vez, lo cual no es muy frecuente, la realidad igualaba á las invenciones de la lisonja.

Por todos lados se le consideraba como el hombre á quien la nueva constitución debía conferir la mayor parte del poder ejecutivo. Fuerza es reconocer en honor de los hombres honrados de aquella época, que nadie quería un Cromwell; y

los amigos del general decían en alta voz que los papeles de César y de Cromwell *eran papeles gastados*, indignos del genio y de las virtudes del joven salvador de la Francia. Lo único que todos deseaban, era que centralizada lo bastante la autoridad en sus manos, quedasen para la libertad ciertas garantías, que le permitiesen gobernar la república con prosperidad, hacerla poderosa y grande. Tal era el voto de los revolucionarios moderados que en la actualidad componían el mayor número. Empero los revolucionarios exaltados que se obstinaban en mirar en el joven general un Cromwell y un César deseaban que lograse espacio para ahuyentar á los austriacos y á los Borbones, y asegurar así sus cabezas ó bienes nacionales. Pedíanle los realistas que los librara de los revolucionarios, y constituyera el poder, animados de la vaga esperanza de recobrarlo, no bien le hubiese reconstituido, en cuyo caso estaban dispuestos á recompensarle de esta restitución aun cuando fuese con la categoría de condestable de Luis XVIII.

Así todos le otorgaban el poder supremo más ó menos completamente, por más ó menos tiempo, y con diferentes miras. En su consecuencia, el nuevo legislador Sieyès debía señalarle un puesto en la constitución que estaba redactando. Pero Mr. Sieyès era un legislador dogmático, que trabajaba solo por la naturaleza de las cosas, á lo menos como él la entendía; no para las circunstancias; y menos todavía por un hombre, cualquiera que este fuese, como puede muy bien juzgarse por lo que sigue.

Al fin se había ocupado Mr. Sieyès en la tarea

que se le habia confiado mientras su infatigable colega gobernaba. Era el sueño de su vida dar á Francia una constitucion, y no de esas constituciones efimeras, productos ridiculos de la ignorancia y de las pasiones de los partidos, sino de una constitucion sabia, fundada en la observacion de las sociedades y en las lecciones de la experiencia. Ocupábase sin cesar en este proyecto en sus cabilosas y solitarias meditaciones. Habia pensado en ella en medio de los arrebatos tan sinceros como irreflexivos de la Constituyente, durante los sombríos furors de la Convencion y las debilidades del Directorio; y corrigiendo de continuo su obra en cada una de estas épocas, se habia por fin fijado; y entonces no quiso ya variar nada de su plan. No queria sacrificar nada á las circunstancias de la época, ni aun siquiera á la principal de ellas, al general Bonaparte, para el cual convenia, á pesar de todo, preparar un puesto adecuado al talento superior y al carácter del que debia ocuparle.

Este singular legislador, siempre meditabundo y menos afecto á escribir que á obrar, nunca habia escrito su constitucion proyectada. Toda la tenia en la cabeza, y era forzoso que de allí brotara; lo cual no era para él de fácil ejecucion, por mucho que le aguijase el deseo de sacarla á luz y verla convertida en ley. Como se le estrechara á que la diese á conocer, se determinó al fin á comunicarsu pensamiento á un amigo suyo, Mr. Boulay de la Meurthe, quien se encargó de transcribirla al paso que se le revelase en las diversas conferencias que tenian al efecto. Solo de este modo se consiguió copiar con exactitud aquella

concepcion notable, y conservarla para la posteridad de la cual es digna.

Habia empleado Mr. Sieyes un esfuerzo poderoso de ingenio para conciliar la República y la Monarquía, para sacar de la una y de la otra lo que cada cual tenia de útil y de necesario, recelándose al mismo tiempo de ambas. Habia tomado infinitas precauciones por una parte contra la demagogia, y contra el poder real por otra. Así produjo una obra sabia y complicada, pero en la cual habia de todo; y si aquella constitucion, corregida por y para el general Bonaparte, carecia de uno de sus contrapesos, podia, contra la intencion de su autor, conducir facilmente al despotismo.

El primer cuidado que puso Mr. Sieyes en sus combinaciones, habia sido guardarse de las pasiones damagógicas sin despojar completamente á la nacion de la inmensa participacion que, por desgracia suya, habia tenido hasta entonces en los negocios públicos, pues queria dejarle solamente un poder del cual no pudiera abusar. Una frase, que corria de boca en boca, acaso por la vez primera la del *gobierno representativo*, da una idea exacta del estado de los ánimos en aquella época. Significaba esta frase en el concepto de todos, que la nacion debia tomar parte en su gobierno, solo con el auxilio de personas intermedias, es decir, que debia ser *representada*; y como ahora veremos solo se queria que lo fuese de una manera muy indirecta.

En tiempo del Directorio las elecciones habian sido alternativamente favorables á los realistas en una época, y á los jacobinos en otra, hacién-



dose forzoso escluir violentamente á los primeros el 18 de fructidor, y el 22 de floreal á los segundos. Por eso el sistema de las elecciones, y especialmente de las elecciones directas, habia llegado á ser sospechoso para todos. Acaso si se hubiese tenido atrevimiento para reducir á ciento cincuenta ó doscientos mil, el número total de electores, se habrian arrostrado de nuevo las agitaciones electorales. Pero un cuerpo electoral reducido poco mas ó menos á las proporciones del nuestro, habria abatido los ánimos sin tranquilizarlos. Doscientos mil electores habrian parecido una aristocracia, á una nacion que acababa de disfrutar el sufragio universal, al paso que por poco números que fuesen los electores que nombraban directamente á sus mandatarios con libertad de ceder á todas las pasiones del momento, habrian parecido una renovacion de las continuas reacciones que se habian presenciado durante la época del Directorio. No formaba, pues, parte de ninguna de las combinaciones la eleccion directa, ni aun limitada tal como hoy existe entre nosotros. Mr. Sieyès con su habitual dogmatismo se habia formado una máxima: «*La confianza, decia, debe venir de abajo y el poder de arriba.*» Para realizar esta máxima habia imaginado el sistema de la representacion nacional, de que vamos á dar una sucinta idea.

Todo individuo de edad de 21 años con calidad de francés tenia obligacion de hacerse incluir en un registro que se denominaba registro civico, si queria entrar en el ejercicio de sus derechos. Esta operacion haria ascender el número de ciudadanos admitidos á egereer sus derechos políticos, á cin-

co ó seis millones. Debian reunirse por distritos (iba á proponerse esta subdivision, desconocida hasta entonces) para elegir de cada diez uno. Hecha esta primera eleccion debia resultar una lista de quinientos ó seiscientos mil individuos, reuniéndose á su vez estos quinientos ó seiscientos mil individuos por departamentos y eligiendo de cada diez uno, venian á formar la segunda lista, compuesta de cincuenta á sesenta mil ciudadanos. Por fin haciendo estos la postrera eleccion, y reduciéndose tambien á la décima parte, formaban la última lista, limitada á cinco ó seis mil candidatos. Estas tres listas se llamaban listas de notabilidad.

La primera, de quinientos ó seiscientos mil ciudadanos, se llamaba lista de notabilidad comunal; de ella debian salir los individuos de las administraciones municipales, los de los consejos de distrito, y los administradores que les correspondian, tales como los maires (alcaldes), los empleados que hoy llamamos subprefectos, los jueces de primera instancia, &c. La segunda lista de cincuenta á sesenta mil individuos se denominaba lista de notabilidad departamental y de ella se habian de elegir los individuos de los consejos de departamento, los empleados llamados despues prefectos, los jueces de apelacion, y en suma todos los empleados de igual categoria. Por fin, la tercera y última lista de cinco á seis mil individuos, constituia la lista de notabilidad nacional, y de allí debian elegirse por obligacion todos los individuos del Cuerpo legislativo, todos los empleados de alta clase, consejeros de estado, ministros, jueces del tribunal de casacion, &c. &c.

Para dar Mr. Sieyes una idea exacta de esta representacion nacional, ancha de la base y estrecha en la cúspide, se valia de una figura geométrica designándola con el nombre de pirámide.

Se ve pues que sin conferir Mr. Sieyes á la nacion el derecho de elegir á los diputados que habian de representarla, ni á los empleados que habian de gobernarla, reducía su papel solo á formar una lista de candidatos, de la cual debian tomarse á la vez los representantes del pais y los agentes del gobierno. Todos los años debia reunirse el conjunto total de los ciudadanos para escluir de aquellas listas á los que ya no eran dignos de figurar en ellas, y para sustituirlos con otros. Conviene advertir que si por una parte era este poder de eleccion indirecto hasta lo sumo, se estendia por otra no solo á los individuos de los congresos deliberantes, sino tambien hasta á los mismos empleados. Esto era ni mas ni menos que lo que comunmente existe en el sistema monárquico representativo. Como quiera que sea, no era obligatorio elegir de entre las listas de notabilidad, á los agentes llamados á desempeñar destinos en un todo especiales, y que no suponen ninguna confianza política, como por ejemplo los responsables de algun cargo, ó los agentes llamados á desempeñar cargos difíciles de tal modo que se hace forzoso atender al mérito, donde quiera que se encuentre, como los generales y los embajadores.

Acabamos de demostrar como Mr. Sieyes, segun su máxima, hacia *subir la confianza de abajo*: veamos ahora como hacia *descender el poder de arriba*.

Bajo el imperio de las impresiones del momento temia la eleccion, por que acababa de ver electores apasionados nombrar á representantes, mucho mas apasionados que ellos mismos. Renunciaba pues á ella, y queria que en aquellas listas de notabilidad, formadas por la confianza pública, pudiesen designar el poder legislativo juntamente con el poder ejecutivo sus propios individuos, formándose y completándose por sí mismos. No les imponia otro limite que el de elegir entre las listas de notabilidad. Pero antes de que demos á conocer la manera de formar los poderes conviene describir su organizacion.

El poder legislativo debia ser organizado del modo siguiente: primero el cuerpo legislativo propriamente dicho, colocado entre dos cuerpos opuestos, el Tribunado y el Consejo de estado: y aparte y á la cabeza de estos, el Senado conservador.

Debía componerse el Cuerpo legislativo de trescientos individuos que habian de oír discutir las leyes, pero no discutir las por sí mismos, sino votarlas silenciosamente. Véase como y entre quienes pasaba la discusion.

Un cuerpo compuesto de cien individuos, bajo el nombre de Tribunado, encargado de representar por esta constitucion, el espíritu liberal, innovador, contradictor, recibia comunicacion de las leyes, las discutia en público y emitia un voto solo con el fin de averiguar si pasarian al Cuerpo legislativo para su adopcion ó negativa. Nombraba en seguida tres de sus individuos, para que fuesen á sostener ante el Cuerpo legislativo, el dictámen que habia prevalectido en su propio seno